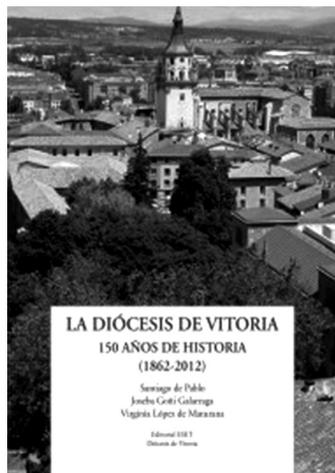


***La Diócesis de Vitoria.
150 años de historia
(1862-2012)***

Santiago de Pablo, Joseba Goñi Galarraga y Virginia López de Maturana

Editorial Eset. Obispado de Vitoria, Vitoria, 2013, 767 págs.



No sería exagerado escribir que este volumen de 767 páginas es una historia de los 150 años de la Diócesis de Vitoria que, sin pretensiones de exhaustividad, sí es quizá la historia más completa hasta ahora publicada de una diócesis española. Después de un breve prólogo del actual prelado, Miguel Asurmendi, siguen cinco largos capítulos: el primero, debido al profesor emérito de la Facultad de Teología de Vitoria, Joseba Goñi Galarraga, se titula “Creación y primeros años de la Diócesis (1862-1890)”; el segundo, obra de Virginia López de Maturana, doctora en Historia por la Universidad del País Vas-

co, trata de “Una Diócesis arraigada en su tierra(1890-1928)”; el tercero, escrito por el Catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad del País Vasco Santiago de Pablo, se denomina “Esperanza y tragedia de la Iglesia diocesana (1928-1943)”; el cuarto, también de De Pablo, aborda la era de transformación que va de 1943 a 1979; el último (al que siguen las fuentes y bibliografía, cinco valiosos anexos y el índice onomástico), es fruto de la colaboración entre López de Maturana y De Pablo y trata de “La historia reciente (1979-2012)”.

Ya lo comentan los autores en su nota previa, pero, sobre todo, se da cuenta de ello el lector: la triple autoría no impide que la obra refleje en sus planteamientos una gran unidad interna, porque De Pablo, Goñi y López de Maturana han trabajado “de forma paralela” y han revisado el manuscrito “de forma conjunta”.

En esa misma nota previa, los autores del libro que reseñamos advierten de que se trata de una obra no definitiva sino más bien de un punto de partida, y de que el último capítulo se presenta como un epílogo, puesto que ni las fuentes ni el poco tiempo transcurrido permiten otra cosa. Como ha escrito Santiago Martínez en otra reseña de esta misma obra, “*definitivo* es un adjetivo cuyo empleo es muy arriesgado en historia”, pero tampoco puedo estar de acuerdo en juzgar este libro como un simple punto de partida. Lo impiden la riqueza y variedad de las fuentes y de la bibliografía empleadas (especial mención merecen el Archivo

Histórico Diocesano de Vitoria, el Archivo Secreto Vaticano y los archivos de las instituciones públicas vascas y españolas, además de valiosos archivos privados, entre ellos el del Nacionalismo Vasco) y la ambición, que se corrobora a lo largo de toda la obra, de no limitarse a una historia de los obispos de la Diócesis o de su vida institucional, sino de “integrar en ella la vida diocesana, entendida en su sentido más amplio: sacerdotes, religiosos y religiosas, acción social, cultural y educativa de la Iglesia local, vida del laicado, etc.”, un etcétera en el que juega un papel muy importante el análisis de las relaciones entre la Iglesia local y la *res publica* alavesa, vasca y española a lo largo de siglo y medio de historia.

A medida que avanzaba en la lectura del libro, pensaba de cada capítulo que el que estaba leyendo era el más interesante. Joseba Goñi nos informa de la larga prehistoria de la Diócesis, hasta su erección, con las tres “Provincias Vascongadas” como ámbito territorial de la misma, en 1862 –la primera nueva diócesis española creada después de la firma del Concordato de 1851, que superaba las tensiones creadas entre Iglesia y Estado en España después de la revolución liberal– y de los pontificados de Diego Mariano Alguacil (1869-1876), Sebastián Herrero (1877-1880) y Mariano Miguel y Gómez, el “pastor que consolida la diócesis” entre 1881 y 1890. Virginia López de Maturana, después de esbozar –como lo había hecho Goñi para el final del reinado de Isabel II y el sexenio revolucio-

nario— el contexto histórico de la Restauración y de la Dictadura de Primo de Rivera, trata de la acción pastoral del obispo navarro Ramón Fernández de Piérola (1890-1904), del conflictivo — por diversas razones— pontificado de José Cadena y Eleta, del obispo “de transición” Prudencio Melo Alcalde (1913-1917), de Leopoldo Eijo y Garay (1918-1923) y del primer obispo religioso —agustino, en concreto— de Vitoria, Fray Zacarías Martínez (1923-1928).

El tercer capítulo se ocupa —y por ello se hace también especialmente interesante— de los dramáticos años de la caída de la Dictadura y de la Monarquía de Alfonso XIII, de la azarosa trayectoria de la II República, de la atroz guerra civil —con muy particulares rasgos propios en Vasconia— y de los primeros años de la posguerra. Se suceden en dicho periodo los muy controvertidos pontificados del guipuzcoano —primer obispo vasco— y natural del territorio diocesano— don Mateo Múgica, expulsado de su patria tanto por los republicanos en 1931 como por los franquistas en 1936, la labor de Antonio Pérez Ormazábal como vicario de una diócesis sin obispo durante algo menos de un año y la tarea del también vasco pero partidario del nuevo régimen Francisco Javier Lauzurica como administrador apostólico de “una Diócesis fracturada” entre 1937 y 1943. Si ya en p. 146 Goñi advierte de que “desde su creación la política había estado muy presente en la evolución histórica de la Diócesis”, desde 1931 en adelante ese iba a ser uno de los

rasgos característicos de los católicos vascos, tanto presbíteros como laicos. Está, por un lado, la división entre los políticos tradicionalistas —muy bien asentados en Vasconia tanto en el siglo XIX como en la primera mitad del XX— y los “liberales” (tanto liberales monárquicos como republicanos y fuerzas obreristas, especialmente socialistas y asentadas sobre todo en Vizcaya); por otro, un nuevo enfrentamiento, entre nacionalistas españoles y nacionalistas vascos. En la diócesis de Vitoria eran particularmente duras las tensiones entre dichas fuerzas políticas, y tanto los obispos como el clero secular y religioso eran “invitados” a tomar postura en dichos enfrentamientos.

El análisis de Santiago de Pablo nos muestra a un Múgica que, si bien imprudente en ocasiones a la hora de pronunciarse en los asuntos políticos, siempre quiso mantener una actitud de imparcialidad entre uno y otro sentir y defender a sus sacerdotes de las acusaciones de los políticos sobre sus posturas temporales; a un Múgica, sobre todo, desolado ante los asesinatos y ejecuciones de sacerdotes y religiosos vascos como consecuencia de la guerra civil, tanto de un bando como en otro (el “Euzkadi” autónomo constituido en octubre de 1936 como fruto del acuerdo entre los nacionalistas vascos y el Frente Popular solo hasta cierto punto puede considerarse un “oasis”). Pero también queda clara la opción “nacionalcatólica” de Lauzurica quien, aun intentando sacar la cara por sus sacerdotes

nacionalistas vascos, no logró evitar la acción represiva del régimen franquista frente a ellos.

El mismo De Pablo, al describir y explicar la era de transformación que modificó Vasconia (y más concretamente Álava, que, con unos pocos enclaves burgaleses y vizcaínos, quedaría como único territorio diocesano desde que en 1950 se constituyeron las nuevas diócesis de Bilbao y San Sebastián, en un proceso en el que los elementos políticos jugaron un papel tan importante como los religiosos), sigue atentamente las divisiones ya tradicionales en el catolicismo alavés, al tiempo que analiza los pontificados del misionero paúl murciano Carmelo Ballester —sucesor como obispo de Múgica, quien presentó entonces su renuncia con gran sentimiento— entre 1943 y 1950, del aragonés José María Bueno Monreal entre 1950 y 1955 y, por fin, el más largo hasta ahora en la historia de la diócesis, el del también aragonés Francisco Peralta (1955-1979). El autor muestra las profundas modificaciones demográficas, económicas, sociales y culturales de la época que estudia y, como todos los colaboradores del libro que reseñamos, estudia con detalle la evolución de la vida propiamente religiosa de la diócesis (Seminario, participación en los sacramentos, evolución del número de sacerdotes y religiosos, acción social, educativa, cultural y misional de la diócesis) y los conflictos socio-políticos que protagonizaron tanto los eclesiásticos como los laicos alaveses. En esta etapa no solo siguen

estando presentes los conflictos generados durante la II República y la guerra civil, sino que aparecen también otros nuevos, entre los que habría que destacar la aparición y la acción de ETA, la postura de apoyo a los trabajadores de buena parte de los clérigos (y también de sus obispos) y finalmente (y aquí está la para los católicos triste novedad a partir de los años setenta del siglo XX y hasta nuestros días), el creciente proceso de secularización de la provincia en los difíciles años del posconcilio, que afectó tanto al número como a la disciplina de seminaristas y religiosos y llevó, a mi modo de ver, a una nueva especie de clericalismo —y de consiguiente anticlericalismo— en la sociedad alavesa.

Con todo, la evolución del catolicismo alavés y vasco durante el franquismo y la Transición no puede en absoluto considerarse como un proceso fundamentalmente negativo. Los pontificados del vitoriano José María Larrauri (1979-1995) y del navarro Miguel Asurmendi (que sigue siendo obispo de Vitoria hoy) son escenario de muy fructíferas iniciativas en pro de una vida eclesial renovada de acuerdo con el verdadero espíritu conciliar y de una relación más sana, por más libre, entre Iglesia y Estado. Ciertamente, la aparición de nuevas leyes, como las que permitían el divorcio, el aborto y los matrimonios homosexuales, llevó a nuevas controversias políticas, sociales y religiosas; pero tanto Larrauri como Asurmendi han hecho mucho —en colaboración con la Conferencia Episco-

pal Española y con los obispos de las otras tres diócesis vasconavarras— para revitalizar la vida de los católicos. En los dos capítulos finales del libro se abordan con detalle los avatares de la diócesis, incluidos los que fueron fruto de la acción terrorista de ETA y de las tensiones sociales y se muestra la difícil pero, en definitiva, positiva relación entre los obispos alaveses y su presbiterado y su laicado, por más que no faltaran las salidas de tono.

Los autores no se pronuncian, como es natural, sobre los rasgos que puede seguir la diócesis que estudian en el futuro y tampoco incluyen —algo que sorprende más— unas conclusiones de su trabajo. Yo quiero terminar esta reseña señalando los que me parecen algunos factores perennes en la *longue durée* de la diócesis de Vitoria. Sin ninguna pretensión de exhaustividad, se me ocurren los siguientes. En primer lugar, al menos hasta los años finales del siglo pasado, la diócesis de Vitoria es juzgada, por actores y por espectadores, la más “católica” de las españolas, tanto por el número de sacerdotes en relación con el del conjunto de la población como por la práctica sacramental de ésta y las iniciativas educativas, sociales, culturales y misioneras (desde 1948) de eclesiásticos y feligreses. En segundo término, la alta religiosidad alavesa en los años sesenta del siglo XX demuestra que la modernización económica y social no tiene por qué conducir al decaimiento de la vida religiosa, algo que también queda claro en otros momentos de la vida dio-

cesana alavesa. Además, la vida de la diócesis se enriquece por el cultivo, entre sus fieles —de modo distinto según épocas y lugares—, tanto del castellano como del euskera. Por último, quizá la menos afortunada característica de la vida religiosa alavesa es su continua imbricación con los problemas políticos del país, y el mejor síntoma de posible mejora del panorama diocesano en un futuro próximo la mayor libertad de los católicos, clérigos y laicos, en la vida pública. Es de esperar que una de las más ricas herencias del Concilio Vaticano II, así como del Magisterio de los últimos Papas, enseñe a los católicos alaveses el modo de distinguir entre los todavía persistentes trazos del viejo laicismo y la fecundidad para la práctica religiosa de los conceptos de laicidad y de libertad religiosa (hoy en Álava, tal como se explica en el libro que comentamos, existen minorías de diferentes confesiones cristianas no católicas y de musulmanes) y —sobre todo a los laicos— de practicar un “anticlericalismo bueno” frente al viejo clericalismo, afortunadamente en decadencia, y al anticlericalismo de parte de la sociedad.

Una última observación sobre este libro: aunque no se trate de una obra “definitiva”, sí puede servir de modelo para la confección de monografías de otras diócesis españolas y ayudar, por tanto, a conformar una futura historia comparada del catolicismo español.

Ignacio OLÁBARRI
GORTÁZAR